

## ✠ INDIFERENCIA Y AFECTIVIDAD EN LA PRIMERA SEMANA DE EJERCICIOS ✠



El espanto de lo que significa ser indiferente o como mínimo la noción de ello puede ser la puerta de entrada al proceso de la Primera Semana. En este proceso se trata de la verdad de la propia vida. Ya que la lógica de EE 23 no se puede refutar, no me queda más remedio que afrontar la verdad de que yo, en efecto, no soy indiferente, de que yo internamente no soy libre, sino atado, quizás incluso esclavizado a esta o aquella afección y temor, que determinan mi conducta, mi pensar y sentir de tal modo, que hago lo que no es bueno. La ilusión de la libertad, que tanto cuidamos como personas de la modernidad, abre paso a la percepción de que yo estoy falto de libertad realmente.

Pero esto es sólo una de las dinámicas que la Primera Semana activa. La otra es la misericordia del Señor que a mí, el esclavizado, me sale al encuentro no con reproches y aniquilamiento sino con amor. Me asusta el descubrimiento de la verdad, pero me pacifica el descubrimiento del amor misericordioso. La interacción de ambos movimientos allanan el camino. La experiencia de la misericordia me libera para aceptar la terrible verdad sobre mí. El espanto me fuerza a tender mis manos hacia el Salvador misericordioso. La conexión entre libertad y verdad se hace experimentable para el ejercitante. *“Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.”* (Jn 8,31-32) En este texto evangélico es la Palabra y la relación (“mis discípulos”) la que pone en marcha el movimiento. El reconocimiento de la verdad y la liberación son sus consecuencias. Por consiguiente, el proceso no es puramente psicológico; vive de la promesa de la revelación, pero tiene efecto curativo y transformante en los paradigmas psíquicos. Brinda realismo objetivo en el conocimiento de sí mismo y, al mismo tiempo, un espacio atractivo para la aceptación de sí mismo.

En el libro de los Ejercicios no figura la palabra “indiferente” en la Primera Semana. En ella se trata sobre todo de pecado y pecados. El proceso de la Primera Semana se inicia con el conocimiento de los pecados, que se proponen al ejercitante. *“Vergüenza y confusión”* (EE 48) y *“crecido e intenso dolor y lágrimas por mis pecados”* (EE 55) serían las reacciones espirituales adecuadas a esta verdad. Si estas reacciones no se dan hay que pedir las. Esto sólo lo puede hacer honradamente alguien que esté abierto a aceptar que la impasibilidad con la que él se sabe pecador, pero no se siente como tal, está en contradicción con su verdad.

En efecto, a veces la indiferencia fue y es mal entendida en el sentido de la impasibilidad: Ser íntegro e intangible o llegar a serlo por medio del esfuerzo ascético,

de modo que a mí nada ni nadie me pueda sacar de la impasibilidad. Éste sería el verdadero ser humano mortificado. Él permanece a distancia de todo y de todos. Podría dejarse conducir totalmente por su conocimiento racional. Quizás pudiese evitar pecados. Pero, una persona así ¿podría amar? ¿Percibiría su corazón? ¿Se podría sentir alguien amado por ella? Podría funcionar bien; pero, ¿podría sentir compasión por lo que le sucede a otros? Sería útil como siervo; pero, apenas podría ser amigo.

La pedagogía ignaciana no pasa de largo ante la cuestión afectiva sino que conduce más profundamente a ella. La autoseguridad superficial y falsa tiene que quebrarse. Yo debo pedir *“vergüenza y confusión”*. La verdad, que yo diviso después, es dolorosa y triste, por eso debo pedir *“dolor” y “lágrimas”*. También la parte agresiva de los sentimientos se incluye en el proceso. En las repeticiones, Ignacio recomienda pedir *“aborrecimiento”* (EE 63,2-4). El “aborrecimiento” es una reacción de rechazo espontánea e intuitiva. Se orienta como el asco en el instinto de conservación biológico. Como repugnancia instintiva se orienta en primer lugar a todo lo que me es desagradable. Esta reacción de rechazo debe invertir la polaridad en el transcurso de la **Primera Semana**. Ya no debe reaccionar, conectada egocéntricamente sólo a lo que yo siento como desagradable; en todo caso, ya no me debe determinar esta reacción. Ahora se debe poner en marcha cuando me atrapen el pecado, el desorden y el mundo. Además debo llegar a que a mí ya no sólo me detenga la idea de pecado, desorden y mundo para pactar con ellos; por el contrario, debe madurar en mí una espontánea reacción *afectiva de rechazo*.

Las reglas para el discernimiento de espíritus, que corresponden a la **Primera Semana** (EE 313-327) aleccionan sobre todo en la tolerancia de la frustración. Aunque vacío, aburrimiento o incluso aversión quieran impedirme orar no debo omitir los ejercicios de oración previstos, incluso debo prolongarlos un poco (EE 318 y 319 así como EE 12 y 13). Debo llegar a ser más independiente frente a mis tendencias afectivas y gracias a esto, ser más libre interiormente. *“El que está en desolación trabaje de estar en paciencia, que es contraria a las vejaciones que le vienen. Y piense que será presto consolado.”* (EE 321). Las Reglas previenen también contra el agarrarse a las fascinadoras experiencias de consolación e identificarse con ellas: *“El que está consolado procure humillarse y bajarse cuanto puede, pensando cuán para poco es en el tiempo de la desolación sin la tal gracia o consolación.”* (EE 324)

Por consiguiente, la **Primera Semana** conduce además a hacer un balance objetivo de mi vida y a decidir un nuevo orden intelectual. Es una auténtica escuela, en la cual se ordena y se ajusta de nuevo la afectividad del ser humano. En primer lugar, me

confronta con mi impotencia frente a mí mismo. Yo no puedo mandar en los sentimientos, que serían adecuados. Tengo que pedirlos humildemente. Acto seguido tengo que presentarme sentimientos, que yo quisiera evitar: vergüenza (una forma de temor) y dolor. Debo conmoverme y permitir que fluyan las lágrimas. Finalmente tengo que ocuparme también de mi lado agresivo: el aborrecimiento. Me pertenece y tiene que quedar incluido en el proceso. Esto más bien parece traer esclavitud que libertad. Observo que hay en mí mociones y fuerzas que no puedo controlar directamente. Pero me aproximo más a la verdad de mi ser humano y de mi ser pecador. Esto deja de ser sólo una verdad teórica y me capta. Lo experimento. La ilusión de la libertad que yo tenía antes, desaparece. Se apoyaba sobre el rechazo de mi verdad. No tenía ningún fundamento en la realidad. He tenido que aprender dolorosamente que yo no soy el señor de la realidad; ni siquiera soy señor de mis pensamientos y sentimientos.

La despedida de la falsa libertad-arbitrariedad prepara para descubrir una nueva libertad, que arrostra en primer lugar el *aceptar lo que es* mi temor, mi dolor, mi agresividad; pero también el amor que me sale al encuentro. De esta forma surge en mí una libertad creatural, que descubre las posibilidades que le son ofrecidas. Por medio del seguimiento de las Reglas de Discernimiento experimento estas posibilidades. Gradualmente voy ganando libertad interior, que no se funda en la negación de los sentimientos, sino en experimentarlos sin caer en ellos. El Fundamento de los Ejercicios, que se expuso en EE 23, se alcanza globalmente. No es ya sólo el conocimiento de la mente, sino que se ha convertido en “conocimiento interno”, en conocimiento del corazón. Esta transformación se debe sobre todo a la experiencia de que la verdad y el amor se implican mutuamente. Yo puedo asumir la amenazadora verdad de mi pecado, porque soy amado como pecador. El amor que experimento es auténtico porque es un amor que conoce toda mi verdad. El Creador, que me ha creado, es el Salvador amoroso, que me perdona.

Alex Lefrank S.J.

[www.vacarparacon-siderar.es](http://www.vacarparacon-siderar.es)